

GFS-190-A

**Fidelio**  
**(original)**

FIDELIO

Frison de pelicula  
inspirado en la  
famosa ópera del  
mismo título de

LUIS VAN BEETHOVEN



FERNANDEZ-SHAW

Ante una gran sala  
de conciertos, llena de pú-  
-blicos, una gran orquesta  
interpreta la operin-  
-ra de Leonora de  
Beethoven, dirigida  
por un gran Director.  
La concurrencia, muy  
distinguida, sigue  
atentamente la mún-  
-sica. Uno de los cabe-  
-lleros, sentado en una  
butaca, lee el progra-  
-ma, donde se lee el  
nombre de la pági-  
-na orquestal y su  
autor. En otra hoja

2/ del programa figuran  
unos datos sobre la  
historia de la célebre  
"apertura". Una señora,  
en otra butaca, los lee  
también. Cuando la  
interpretación del gran  
melodista termina, todo  
el público, empujados,  
aplaude a la orques-  
ta y a su Director. En-  
te obliga a los profes-  
sors a ponerse de  
pie.

Han dado la luz a  
de sala y la gente co-  
menta. Una señorita  
pregunta al caballo.  
no antes citado: ¿  
es ésta la obra teatral

3) más conocida de Beethoven?" - "Es la única!"  
replika el caballero: - "Pe-  
ro si usted quiere cono-  
cer su historia, la cau-  
tivaré, porque es intere-  
sante". Y el señor co-  
mienza su relato: - "Era  
en los comienzos del si-  
glo XIX; había el año  
1804, si no recuerdo  
mal. FERIA entonces  
Luis van Beethoven unos  
35 años. ....

Desde este momento,  
todo lo que va sucedien-  
do en la familia es el  
relato del caballero ac-  
tual, aficionado a los  
conciertos.

Beethoven vive en

4) Viena y ocupa un cuar-  
to modesto, donde tiene  
su piano y sus libros. Un  
día toma en sus manos  
el ejemplar manuscrito  
de una obra que tiene so-  
bre el atril del piano.  
Comienza a leerlo y, des-  
de el primer momento,  
el libro llama su aten-  
ción. Mira su cubierta  
y lee lo siguiente: "LEONORE  
ou L'AMOUR CONJUGAL,  
fait historique espagnol,  
pour Jean Nicholas BOUI-  
LLY." Se queda un momen-  
to pensativo; toma una  
pluma de ave y escribe  
una carta a su amigo  
el profesor José Somme-  
leithner, en Berlín. Lue-  
go abra vez el libro en

57 el año, Beethoven im-  
provisa melodías al pia-  
no, impresionado por lo  
que está leyendo.

Han pasado unos días.  
Beethoven habla ahora  
con Soumelleithner, que  
ha acudido a su ma-  
mada y se encarga de  
traducirle al alemán  
- y al mismo tiempo la  
versión lírica, - de la  
obra francesa de Bouilly.  
Encuentra que hay en ella  
varios elementos esencia-  
les: un acusado ambiente  
español, una época toda-  
vía reciente, - punto que  
se refiere al siglo XVIII, -  
y sobre todo un fuerte in-  
terés dramático. El

6) Escritor alemán se dispone a salvar el encargo de su amigo el gran compositor de las Sonatas. Pero éste le advierte que, antes de llegar a la acción de lo que ha de ser propiamente la obra, debe tener en cuenta lo que fueron - o pudieran ser, - los antecedentes de esa acción. Hay varias versiones; pero la más atractiva es aquella que sitúa el "hecho histórico español" producido y desarrollado, principalmente, entre españoles y en el suelo de España.



7/ Ha de tener en cuenta  
el sentir alemán las  
pasiones y reacciones de la  
política española durante  
el reinado de Fernando VII,  
especialmente, de su herma-  
no el Rey Carlos III---

En este instante co-  
municaba en realidad la  
petición. Nos hallamos  
en una calle de Madrid  
ante una casa señorial. Se  
detiene un coche y des-  
cienden unos agentes de  
Policia. La puerta se abre;  
y otro agente dice que allí  
no se puede entrar por  
la noche por ser la resi-  
dencia de un ministro  
de su Magestad. Por la  
discusión que se entabla  
entre ambos representantes,

8) de la autoridad se viene a saber que se trata nada menos del señor marqués de la Enseñada, ministro de Hacienda y poderoso gobernante en vista a quel momento. Como los Policias recién llegados vienen en urgencia y muestran un documento judicial, suben al fin las escaleras de la señorial residencia.

Vemos ahora cómo, en la alcoba, - no lujosa, - donde duerme el marqués de la Enseñada irrumpen los Agentes de la autoridad, los sirvientes, protejidos de un viejo criado, que intenta oponerse a que

9/ su señor sea despreciado.  
Pero el señor, naturalmente,  
se desprecia. Es el marqués  
de la Encarnada un caballe-  
ro todavía fuerte, de 52  
años. Al principio protesta  
también: - "Que en pleno  
año 1754, con los adelantos  
políticos y sociales que ha  
alcanzado el mundo, - dice,  
se pueda despreciar y asal-  
tar el domicilio de un  
ciudadano honrado, es  
inadmisible". Pero cuando  
el agente le dice:  
"Señor ministro: es que  
hay que para Vuecencia  
la adjunta orden," el  
marqués se recupera y  
lee, - con creciente agi-  
tación - el documento.  
Podemos ver perfectamente  
=te lo que éste dice, sos-

10) Teniendo en los manos  
del Marqués:

"Bueno Señor: el Rey ha  
desuelto extender a V. E.  
de los empleos y encargos  
que tenía puestos á su cui-  
dados y manda que V. E.  
pase luego á la ciudad  
de Granada, endonde de-  
berá permanecer hasta  
nueva orden de S. M."

La actitud del Mar-  
qués de la Ensenada cam-  
bia en cuanto lee la or-  
den. - "Estoy á disposición  
de ustedes, - exclama. - Es  
orden de mi Señor y Rey  
y á mi sólo me correspon-  
de dar cumplimiento á sus  
deseros. Me permitirán  
ustedes que me vista y  
ponga en traje de cami-

14) no.º El agente de Po-  
licia accede a ello, y se  
desprende en un instante para ir  
venirse a un cuarto con-  
tiguos, donde lo primero que  
hace, es sacar de su corte-  
-ra unos papeles y escribir  
en ellos con la piz rápida-  
-mente. En seguida es-  
-tira a arreglarlos. Fue-  
-ra, los Agentes de la Poli-  
-cia se impacientan. El  
-criado mira a decir a  
-su señor que se dé prisa,  
-de parte de los Agentes. En  
-tonces, un Teniente de Somo-  
-devilla entrega a su  
-servidor el papel que  
-acaba de escribir y le  
-da el encargo de que  
-lo se ponga inmedia-

12) Tamenté en camión,  
lleve sus ropajes á  
Sevilla á su íntimo  
amigo el Marqués del  
Guadalupe. - "Habien-  
do sido yo desgraciado,  
corre el peligro de ser  
detenido por el solo pe-  
cado de ser amigo mio.  
Hay de entregarte ese pa-  
pel en persona. Después  
vete á Granada y bis-  
cane, porque me temo  
cualquier cosa" - "¿Pen-  
sais que os puedan en-  
casular?" - "No sé; ade-  
ta, en Europa entera,  
se han puesto muy de  
moda las mayus-  
culas." Y con un gesto  
de resignación, da un  
convincente golpe en con

13/ La mano en el hom-  
bro de su fiel servi-  
-dor.

En la calle vamos  
al marqués de la En-  
-senada subiendo en  
-un agütes en el coche,  
que parte inmediata-  
-mente, al trote de  
sus caballos, por las  
calle oscuras me-  
-diamente iluminadas por  
la luz débil de los  
reverbos.

Cambio brusco de  
lugar de acción. Nos  
hallamos en un salón  
señorial, espléndida-  
-mente iluminado. El  
salón pertenece al Pa-  
-lacio de los marqueses

14) Ses del fra dalpivir  
en Sevilla. Los marque-  
ses obsequian con una  
fiesta a la Sociedad se-  
villana. La fiesta se  
halla en todo su apogeo,  
y hay una señorita que  
canta al piano piezas  
de ópera italiana. Fan-  
ta su Florencia de  
Monteflorido como su  
joven y bella esposa oña  
Leonor de Mandaga atien-  
den a sus invitados. Se  
les advierte entranados  
por la ausencia de al-  
gunas familias signifi-  
cadas: son íntimas, am-  
iga; del Corregidor de  
Sevilla; y ama su Juan  
de Pizarro, el Corregi-  
dor es enemigo mort.



15) Tal, por cuestiones po-  
líticas, de las ansiosas  
-rías, se han abstenido  
de acudir a la fiesta  
para no caer en desgra-  
cia en el corregidor.

Puede observarse  
bien claramente el in-  
menso cariño que sienten  
los niños por su es-  
poso: por verte content-  
to ha organizado ella  
esta fiesta, de la que  
es constante animadora.  
Después de la parte  
contada, hay un mi-  
nuto de baile: una  
parada al estilo de  
los de la corte de Feli-  
pe V. Dama y caballe-  
-ros hacen la ceremo-  
niosa danza. Durante

16) Ella, entra por uno de  
los salones, el viejo ser-  
vidor del ~~to~~ marqués de  
la Lusénada pretendiendo  
ver a su Florestán. No  
le encuentra al princi-  
pio; pero sí a su ~~señor~~,  
a quien confiesa que trae  
un recado reservado de  
~~su~~ ~~señor~~ su señor. Esto  
ya tranquiliza a la  
dama; quien avisa a su  
marido de la presencia  
del fiel criado. Acude  
al instante fluido y tiene,  
en una habitación  
apartada, una conver-  
sación con el mensajero.  
Este le hace en-  
trega de los renglones  
de su amor, que Flores-  
tán lee rápidamente.

17/ En un momento dicen: Flo-  
rencia: escúdate rápida-  
mente. Me detienen y me  
llavan no sé adonde. Te  
dejarán a ti también.  
Escúdate... ¡y Dios me ayu-  
de!" Florencia, desús  
de sí misma, sonríe. "¿Si  
sabes lo que me han me-  
dido?" pregunta al criado.  
Éste responde afirmativa-  
mente. "Pues yo no puedo  
ni debo ocultar nada. No he  
hecho mal a nadie. En  
Sevilla todo el mundo me  
quiere..." "Pero la políti-  
ca..." insistía el servidor.  
"La política es arriesga, pe-  
ro no es criminal. A mí no  
me pueden acusar de nada  
reprobable." "Pues, ¿y a  
mi señor, que tanto se ha  
sacrificado por todos..." En  
el rostro roto del servidor  
del marqués de la Ensea,  
nada apuraba la cosa

18) Sincera indignación. Re-  
vo a la habitación don-  
de ambos se encuentran  
acude inquieta otra Les-  
ter. Ella ha comprendido  
que pasa algo y viene a  
enterarse de lo que son-  
-re. Su hermano, que  
ha guardado en un bol-  
sillo de su casaca de  
gola el papel del mar-  
-qués, finge ante ella una  
fría noticia. Dice a su  
esposa que, precisamente  
el día de su entrada  
le ha traído excelentes  
noticias de las negocia-  
-ciones en Inglaterra, que  
tanto interesan a sus  
negocios. El pobre ciu-  
-dadano se ~~halla~~ <sup>halla</sup> en apuro de  
trance para fingir so-  
-das alas alegrías, y no  
ve el aumento de suat-

19) charge; cosa que logra  
al fin. Al quedarse  
solo los esposos, rompe  
a llorar día tras día. A  
pesar de todas sus eser-  
gias, su ha podido car-  
pirmitir el temor que la  
invadía al pensar que  
a su marido - al que ado-  
ra, - podría ocurrirle  
alguna desgracia. Florer-  
tán la tranquiliza y  
le prediga sus cañías,  
y ambos vuelven a los  
salones, donde se organi-  
za un nuevo baile "un-  
siglo XVIII", prediga en  
figuras, en galantes,  
evoluciones y en cereus.  
nissas reverencias.

La fiesta toca a su  
fin. Los invitados se desfi-  
tan... Los criados comien-  
zan a apagar luces, y el  
se retira a

20) dormitorio. Se à suà  
resaca arrastrada en  
su reclinatorio grande.  
Desde la calle llegan los  
coros de alegres canciones  
y de rasgueos de guitarra-  
rras. Oía resaca abra  
el gran balcón de la al-  
coba y conmuebla desde  
él, a la luz de la luna,  
el incomparable panorama  
de la ciudad dor-  
mida. Su floración, ya  
acostada, intenta emi-  
titar el sueño. Su espina  
vuelve al reclinatorio.

De pronto, por el bal-  
cón, abierto, perciran  
traes en una cara dor. Una  
se lanza sobre oía res-  
aca, cuyo giro aboga  
en un pánculo, que le  
sirve de mordaza. Los  
ojos dor asaltantes son  
-prender à floración

21) acortado e inermes  
y, además de amorda-  
gado, le obligan a poner-  
se un jaulón y un col-  
gado, maniatándole los  
brazos, a pesar de los deses-  
perados esfuerzos del  
noble anticristiano. A  
empujones le sacan de  
la habitación.

Ficieron una inmensa  
ensución las miradas de  
orgullo y de inmensa  
cavilación que se cruzan entre  
los dos esposos en el mo-  
mento en que los sepa-  
ran. Elle, en un supre-  
mo arranque, intentó  
gritar y seguir a los  
malhechores, pero un  
golpe en la cabeza le  
arrojó por tierra, sin  
movido. Los asaltantes,  
en el silencio de la  
noche, bajan las gran-  
das escaleras del Pola-

22) cis, luchando siempre  
en Torcuán, que no se  
dejó por ver cido. En la  
calle, un carruaje se  
alaja. En su interior  
vía Torcuán desmoga-  
do. Sus aprehensores le  
miran y sourien. Uno  
de ellos, esmencia: "No  
se podrá quejar Pizarro,  
ya está complacido."  
Por una carretera se  
ve cómo se alaja el  
carruaje hacia que  
no pueda apreciarse  
de él más que un solo  
punto.

En Palacio, en tanto, to-  
do se tranquiliza. Un re-  
lój de péndulo, de caja al-  
ta, marca los minutos. Al  
pie del relój permanece,  
caído en el suelo, el cuer-  
po de otra persona. Su ca-  
-ra se cubre en una  
mancha de <sup>de color</sup> ~~esfuerzo~~ y de



20) boca deciendo un leve  
hilito de sangre. Por uno  
de los salones viene, alepe  
y contorneando, una vieja  
criada de la casa.

"Si eres, niña, sevillana,  
no dejes de parecerlo:  
pon en tu boca una risa,  
¡y unas flores en el pelo!"

Pero la sevillana no ter-  
mina su copla. Un grito  
de espanto ahoga su gar-  
ganta; acabe de ver a  
su señora. Se arrodilla  
junto a ella, palpa su ca-  
ra, la acaricia... ¡Chi-  
lle! - "Ay, mi señora, ¿que  
no la han enojado!" Va acen-  
diendo toda la servidun-  
bre, asustada. Rocían  
en agua fresca el rostro  
de su señora. Un cria-  
do dice: - "¡Ariseños al  
señor!" y sale, con otros  
criados, a busca de don  
Florian. Pero, al entrar  
en el dormitorio, ven  
todo un asunto que da

24) Evidencia esta vacía. Tor-  
mentos de citoplasma. ~~El~~  
man) Los ciados al grupo de  
sus compañeros. No se ira  
va volviendo en si poco  
o poco y sonrie. Pero los  
ciados, en voz baja, van  
transmitiendo a todos, lo  
que ocurre. Un super su-  
-persticioso tan se va  
-comunicando a los ser-  
-vidores... y hay uno que  
sale disparado en deman-  
da de la Justicia.

Te sentada en un si-  
llón, una leonora ve re-  
-constituyendo los hechos:  
- "Yo estaba ~~o~~ rezando; la  
noche era hermosa; la calle  
se llenaba de canciones...  
de pronto entraron unos hom-  
-bres tapados y me gol-  
pearon..." En este momento,  
una leonora recuerda que  
le arrebataron a su espe-  
-so: - "¡Florita! ¡Florita!  
¡án! ¡gita, - ¡bude esta  
¡án!

27 ¿está el señor?; que venga al señor!" y nueva-  
mente, sentada en el  
sillón, se desmaya la jó-  
~~ven~~ ~~señora~~, bella dama.

Vamos ahora, rápidamente,  
a otros lugares de acción:  
grupos en la puerta de la  
casa señorial; amigos de  
los huéspedes floridos que lla-  
gan a enterarse de lo  
ocurrido y se interesan  
por la salud de ella. A  
todo, recibe la vieja cria-  
da, diciendo que su seño-  
ra está mejor.

Efectivamente, Srta Leo-  
nor, en su cama, parece  
haber recobrado el domi-  
nio de sí misma. Habla  
con una íntima amiga, de  
la que acudieron a la fier-  
ta, - y le dice que ella no  
puede resignarse a que la  
desaparición de su esposo  
no se esclarezca. Se la  
envía de no haber térmi-

26) de el nuevo Testamento.  
mis de adhesión del Co-  
-regidor: - "P. Zorro fue  
siempre buen amigo, y na-  
-da tiene que ver la po-  
-lítica..." Al decir esto,  
Zorro se acuerda de  
la visita, en la noche  
de la fiesta, del criado  
de Eusebada. Como obediendo a una escapada.  
-da, pide a su amigo que  
le busque el traje de ga-  
-le que Floritán vestía  
aquella noche. Su amigo  
lo encuentra en un arma-  
-rio y se lo entrega. Después  
en Zorro afanosamente  
y, en un bolsillo de la  
cosaca, encuentra al  
papel en los templos  
del mosque, a aquellos  
que comenzaban, "Floritán,  
óndate rápidamente, me  
detienen..." Ya está to-  
-do explicado: "Floritán

27) ha sido secretado por  
los mismos Agentes del  
gobierno que se llevaron  
a Escocia; por otros in-  
dividuos, claro está; pero  
obedeciendo las mismas  
órdenes. Por eso el Corre-  
jidor no se ha mostrado  
amable en Tesoro, ni  
persegue a los delinquen-  
tes; como que estos  
eran precisamente espi-  
-eros suyos!

A la indignación de  
la noble dama sevillana  
sucede una amarga de-  
-sola ción. ¿Adónde irá  
ella, desamparada de la  
autoridad? ¿Cómo podrá  
luchas contra una persecu-  
-ción de este género? ¿Y  
no estará ella misma  
en peligro de ser vícti-  
-ma de la misma per-  
-secución? ... La ~~amiga~~

28) la consuela y procura  
tranquilizarla...

Cambio de decoración.  
El despacho del  
Corregidor <sup>Céspedes</sup> ~~Rigotto~~. Esta  
es hombre de facciones  
duras y gesto airado.  
Esta escribiendo en la  
mesa. Entra en el des-  
pacho un agente, y con  
gran respeto, le dice: "Sus  
órdenes fueron cumpli-  
das, ¡un pla cobla mente!"  
<sup>Céspedes</sup> ~~Rigotto~~ levanta la ca-  
beza, sonríe sarcástico y  
apunta: "¡un pla cable-  
mente. Puede retirarse."

En el interior del Palacio  
de los Ursula flouido  
Zacner se ha Transfigurado.  
Esta ahora sola en su  
vieja criada. Vuelve a  
ser la mujer de gran ra-  
solución y de iniciativas  
que vivió en la finca.  
Ha sonido, en la jirina,

29) en los ojos, intenta di-  
suadirla de sus propósi-  
-tos. Ella ha mandado lla-  
-mar a Trapillo, un antiguo  
-lacayo de su casa, que es  
-ahora uno de los más famo-  
-sos ropavejeros de Sevilla:  
-un pícaro redomado, gra-  
-cioso y servicial, que sabe  
-y entiende de todo. A la  
-vieja criada le disgusta que  
-su señora, -; que bastante  
-desgracia tiene encima! -  
-se ponga ahora en relación  
-con toda esa chusma de la  
-mala vida sevillana. Pero  
-Leonor la calma: sólo quie-  
-re las indagaciones y los  
-consejos de Trapillo. Se  
-presencia, en efecto, este. Es  
-un hombre, todavía de  
-buena edad, dichoso a chero  
-y simpático, que en seguida  
-comprende lo que desea la  
-señora. No se hable más,

90) exclama. - "La señora lo  
que quiere es saber adon-  
de han yervas ar señor.  
Pues eso es más difficil  
que guisar con arena."  
Lo único que sabe Pepe Luis  
- que es el nombre de Tra-  
pillo, - es que se llevaron a  
don Florianán por la carre-  
tera de Jerez, y que en  
un ventorro que llaman  
del Aceitero se pararon a  
tomar unas cañas. Pero  
luego se perdió la pista  
de los secuestradores. El vi-  
dagorá con su gente y ma-  
ñana mismo volverá a  
dar cuenta a la señora  
de todo lo que sepa. Leo-  
nor le entrega unas auve-  
das a cuenta de sus servi-  
cios y Pepe Luis se retira.  
Cambia inmediatamente



21) anente el lugar de la acción, pero no los interlocutores. Se supone que, al día siguiente de la anterior escena, Trápillo está refiriendo a su señora del resultado de sus pesquisas. - "¡No está en carcelas! Está en poder de unos gitanos, que se lo llevan al África de los negros." - "Si es a verdad, hay esperanza de que se salve." - "Eso mismo digo yo!" - "Sobre todo, agrega, enérgica, Leonor, - si hay quien se encarga de ayudarlo a que se escape."

- "¡Ole!; y viva la gracia de los hombres de calia!"

Leonor no puede reprimir la alegría que le da la nueva esperanza que en ella alienta. Se queda mirando fijamente a Trápillo.  
Ello y la pregunta: - "¡No

32) eres mi ropavejero, Pope  
Luis? Pues no quiero ninguna  
ropa vieja tuya; pero me  
vas a buscar el traje de cua-  
rto más ~~buena~~ típico que en-  
cuentres. ¡Voy a convertirme  
en hombre!" - "¡Ole!" - "¡",  
además, tú vas a acompañar-  
me en todo". Casa de suso  
de Trapillo, que se va cam-  
biando a medida que se va  
sacando los rollos de una ge-  
neta nueva, unos nados re-  
lucientes.

Otro rápido cambio de  
escena. Ahora el lugar de  
acción es el mismo de an-  
tes; pero los rollos aparecen ves-  
tidos de araja entre las lá-  
grimas y las risas de sus  
serviduras, que la admiran  
y jalean. Una de las cie-  
ritas jóvenes exclama: "Con  
ese rusito primero me ca-  
so yo mañana mismo por  
deleitarme de la

33 } Felicia. "Más risas abun-  
-dadas que está en su auto-  
-ridad teo nos, diciendo a  
- todos: - Es preciso que todos  
me ayudeis; que nadie se  
entiere en Sevilla de que  
no estoy en mi Palacio; que  
todo el mundo crea que  
sigo enferma ... y no pueda  
nadie buscarme por ahí.  
¿Me comprendéis?" Por  
toda contestación suena  
un "¡ole!" unánime, en  
el que palpita una honda  
emoción.

Una carricera de Anda-  
lucía. Dos hombres cabal-  
gan en alegres jacas. Uno  
es, naturalmente, teo nos; el  
otro, Pepe Luis. Se detienen  
un momento a rebrascat  
junto a una fuente. - "¿di-  
go la señora, - pregunta Tra-  
pello, - i cómo se va a lla-  
mar la señora por ahí?" - "Me

34) Voy a llaves Fidelis, por-  
que con ello proclamamos la  
fidelidad a mi marido,  
que me impulsa a correr  
esta aventura. ¿Se des-  
cuenta ahora?" Trapillo  
se saca la cabeza. - "Pero,  
Fidelis, ¿qué? Porque Pepe  
Luis González es mi nom-  
bre y Trapillo <sup>mi</sup> ~~por~~ <sup>reun-</sup>  
-quiere." - "Pues, ¡ya está!" -  
replica ella. - "Fidelis Men-  
doza es mi nombre; y Fide-  
-lis también mi apodo!" Con  
un poco de quimba pregunta  
él: - "Entonces, ¿Fidelis siem-  
-pre?" - "¡Siempre!"

Otra vez caminan por  
la carretera los dos jinetes,  
se cruzan con un <sup>carro</sup> ~~hombre~~,  
conducido por un hombre. - "A  
la paz de Dios! Usted ha  
oído algo de una tribu de  
gitanos por estos alrededores-  
-res?" - "¡Uy!... Por claro que

35) oído.; la Ferez iban con  
una cha-bulle!" Por toda res-  
puesta, Fidelio espolea a su  
jaca y emprende el galope, ca-  
rricera adelante, seguido  
de lejos por "Japicco".

Un campamento de gita-  
nos, debajo de un puente. Es  
de noche: en el centro del cir-  
culo que forman unos carros  
se hallan, sentados y en pie,  
hombres, mujeres y niños de  
la tribu, que presenciaban ab-  
torzados el baile de "Came-  
lia", la bella gitana de  
veinte años escasos. La danza  
se interrumpe una o dos veces  
ante la alarma de que dan-  
mencitas, los ruidos, teme-  
-rarios de que alguien los sor-  
-prendía. Bajos a todo, en  
un extremo, un hombre duer-  
me, envuelto en unas man-  
-itas. Poco a poco, la animación

36) decae, y los gitanos van  
quedando dormidos, un  
ira, que por ~~en~~ el ojo del  
juicio aparecen los primeros  
rayos del sol. Sobre el puen-  
te, teniendo como fondo la  
luz de la aurora, surge la fi-  
gura de Fidelis, montado en  
su jaca. El mozo, - o sea, her-  
mosa, - desmonta su cabalgadura  
al contemplar, radiante de  
alegría, el campamento de la  
tribu <sup>decediendo</sup> ~~de~~ <sup>de</sup> la  
jaca, y baja con ella al se-  
-cho del río - seco - donde si-  
tan los gitanos. Como si los  
dormidos, Fidelis va con-  
templando a farsa a mente  
los rostros de los dormidos;  
cuando llega al hombre  
que, bajo mantas, descansa,  
descubre su cara... y se  
encuentra con un viejo gita-  
no de grandes patillas blan-  
-cas. Este le saluda, adula-

37) dir, y le dice, preguntando  
a sus preguntas que, si el  
caballero que busca, va en una  
partida de gitano, no es en  
esta precisamente sino en  
otra que tomó rumbo a Granada,  
por ser familia de unos  
vecinos del Sacro Monte.

En lo alto del puente apa-  
rece Fraquito, sin caballo y  
hecho una lastima. Cuenta  
que fue sorprendido por unos la-  
-drones, que le dejaron en tal  
-guisa. Pero Fidelis no se am-  
-lora, y pide al tío Fraquito  
-el viejo gitano, - un buen caba-  
-llo para su amigo. Como lo pi-  
-de enciéndole una moneda  
de oro, Fraquito promete darle  
en unos minutos el corcel más  
veloz que hayan conocido los si-  
-glos. Mirar a tanto, el cam-  
-pamento ha ido despertando;  
la guardia se ha interesado  
por los relatos de Fidelis y Fra-  
-quito... y el tío Fraquito se  
ha ido con un bote de pin-

38) Turra, a cuba de unos de  
negro a un viejo caballo, que  
llevaba amarrado a un ca-  
-770.

El caballo es entregado, reluciente, a Trapillo, que no ha visto nada, por estar chaladísimo con Camelia. La gitavilla, en cambio, no aparta los ojos de Fidelio....

Caballero y escurro, después de haber pagado, parten para su nuevo destino. El sol es ahora muy fuerte, y el caballo negro se va desorientando. Al volver un recodo del camino, ven <sup>un recodo</sup> ~~a Camelia~~ <sup>un finis</sup> a Camelia, que viene galopando en sus caballos. Se la brega del campamento, encaminada de Fidelio, y cuando llega a su lado, le confiesa su amor, queriéndole huir con él. Insistentemente de apuro de Fidelio, - que es resaca, - aguantando los brazos y besos de la gitavilla y convenciendo luego a la muchacha de que se reintegre a la tribu, hasta que él

Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca. Ecol. Suscarla. Fidelio



39) y su criada siguen, carre-  
tera adelante, y también,  
a pie, tirando de su caba-  
llo, (el ambadoro de, que  
cambió a Fidelis), regresa a  
su campamento con lágrimas  
en los ojos.

Varios momentos rápidos del  
camino. Los viajeros se cruzan  
en distintos tipos de cami-  
nantes. Al borde de la carre-  
tera, enredos en montañas, dier-  
men Fidelis y trapillos, mien-  
tras que los caballos, atados a  
unos árboles, descansan tam-  
bién. Pero Fidelis, en reali-  
dad, no duerme; no puede  
dormir: piensa Leonor en su  
esposo... ¿Dónde estará? ¿Cu-  
ándo estará? ¿Subirá un-  
do?... y, como en sueños,  
ve sus rostros de Florentin,  
lacerado ya por el sufrimen-  
to, que se apoya en un banco  
cabezal. De los labios del joven  
aparece un resplandor sólo solo

40) una palabra: - "¡Tesoros!; ¡Mi  
tesoros!..." Volvemos a ver el  
rostro de Fidelis (tesoro), auri-  
-tado en la carretera y excla-  
-mando: - "¡Floristán!; ¡Mi Flo-  
rencia!" Pero la luz de un  
nuevo día decide a los viajeros  
a reanudar su viaje...

Desde la carretera se ve  
a lo lejos frana de: su pelu-  
-cis árabe, sus características  
convicciones, Fidelis y Gra-  
-pillo se acercan por el Sa-  
-cro monte, en cuya cueva  
preguntan por esa tuber de  
gitano ira de la cual via-  
-jan. Pero, en vano... Ve-  
-mos a Fidelis, saliendo de  
una de esas cuevas, desalun-  
-tado y, lo que es peor, oleo-  
-nizado. Una gitana se  
-le acerca: - "¿Quieres que te  
-diga la buena ventura, me-  
-cito garboso, que tienes cara  
-de marqués?"

41) La palabra "marqués," pues.  
En la boca de la gitana, hace  
a' Fidelis (Fermor) recordar  
que precisamente el gran ami-  
go y protector de Ferrucian, el  
marqués de la Ensenada, -  
se halla epilado en forma-  
da. Desde ese momento,  
iniciación que Fidelis accede  
a oír la profeta profecía de la  
gitana, Trapillo se dedica  
a buscar la residencia de  
Ensenada. : Se suceden elu-  
-ra, alienadas, escenas de  
Trapillo, <sup>recorriendo</sup> preguntando por las  
balas cánceres granadinas  
y de Fidelis ofreciendo la  
palma de su usans a la gitá-  
na. Este adivina lo primero  
que el nuzo no es nuzo sino  
nuzo, de familia muy prin-  
cipal. Luego queda adivinarse  
ella es víctima de una gran  
tragedia, y se dice que el  
hombre a quien ama sobre

42) amcho y no va con mi-  
fura tibi; sino que se ha-  
lla recluido en algún lado.  
¿Dónde? Hasta ahí no puede  
abolir la gitana... en la  
emigración de la generación de  
Fidelis. Interrumpe la esce-  
na trayendo en la noticia  
de que ya ha encunado la  
reivindicación del maynei de  
la Eusemada.

Cármel Juanadinos sem-  
de vive al viejo político.  
Entran Fidelis y trapillo;  
Fidelis dice a un viejo ser-  
vicio que le anuncia como  
"de mayneta del fuadol-  
pivir." Casa de siempre del  
ciudad. = Escena de Fidelis  
(Kosov) en Eusemada, ra-  
firiéndole en dos palabras  
lo ocurrido y su situación.  
El maynei de la Eusemada,  
que le ha reconocido mi-  
medicinalmente, le consue-  
la y le dice que no desper-

43) ve, que es pie anclado en  
la divina Providencia y que  
se encomiende principalmente  
ala Virgen de Guadalupe, - cuya  
protección se encomienda por is-  
ta España, - y al Santo Cristo  
de Lezo, tanta, veces, milta-  
-groso. La noble figura de su  
hermano de Somoledilla que  
da sola en el parque de su  
residencia niada, que la  
esposa de su joven amigo  
se alaja... para proseguir  
su viaje. En su camino, en su

Nuevo camino, en su  
camino rápido: entre olivos,  
entre navajos, entre manja-  
ras... (Arboles que voyan vi-  
dicando las diferentes re-  
giones españolas, que rido-  
ris y su acompañante van  
recorriendo. XXX

En la plaza del Quijote  
pueblo de Lezo hay fiesta  
popular. Juegos de mozas,

44) Luego bailan el triple  
"antrostu". Forma contras-  
te con la alegría del vecin-  
dario la devocionada *keour*,  
que ya no escucha al *leal*  
*trapihu*, cada vez mas cau-  
sado y agotado. *keour*  
(o sea, Fielis) vive en la  
gloria. Se ve a *lesour* en  
el interior del templo, arro-  
dillada delante del altar,  
mirando fijamente a la  
sua imagen del Santo Cristo,  
rezando y llorando. De  
 pronto, el milagro del Cristo  
se produce: el Cristo mueve  
los ojos, levanta su brazo dere-  
cho en señal de bendiccion  
y mueve los labios para pro-  
nunciar dos unicas palabras:  
SANTI PONCE. Como lo fue  
ella la pedida, en la primera,  
al Cristo es el lugar donde  
tienen oculto a su esposo,  
comprado en el acto res-

45) praia:; Ecosseiam se a-  
lla en el prebbito semi-  
claus de Santi Ponce! Peli  
vimos, muy cerca de su pro-  
pia casa, esta el encierro  
dnde su ve Thorstein todas  
los pomas de una prision!  
Thorstein tambien, en capi-  
tulo de una agradecimien-  
to, da las gracias, nes nos  
(Fidelis) al Cristo de Rey  
por la revelacion recibida  
hecha. E - su rostro, de inmen-  
sa alegria y confianza, cuan-  
do de nuevo sale a la playa  
ya no conirota en la olen-  
-gia prebleina, sino que  
participa en ella dando co-  
munas y haciendo que  
corra el vino y se - enar-  
dezan los bariles.

Por venir rarinus ve-  
nus a Fidelis galopando  
en su ceptor caballo. Ya no

46) La a compañía Trapillo:  
éste va exultantemente san-  
tado en una diligencia. Va  
a su casa de Sevilla... ¡a  
descansar!; No quiere seguir  
a la velocidad de esa loca  
de su señora, que parece que  
leva un peñardo en cada  
brazo!

Efectivamente Fidelis  
sigue corriendo en su ca-  
ballo. Parece como si el  
cinto peñora alas a sus  
brazos... Le vamos diciendo  
-se en <sup>varias</sup> ~~las~~ ventanas para cam-  
-biar su cabalgadura y, en  
otras, para tomar un leve  
refrigerio sin bajar del ca-  
-ballo... Ya ha llegado a  
-Sevilla, y ~~ya se detiene en~~  
su palacio: sigue directo  
también a Santi Ponce...  
; Ya está delante de la casa  
del, sola casa que ha  
leiron que pone PRISIÓN!



47 se dirige directamente  
a su Palacio. Allí, en rapi-  
dez que asombra y asusta a  
su servidumbre, - que <sup>le</sup> hace mil  
preguntas, - se cambia su tra-  
je de caballero por otro, aun-  
-que más humilde, de via-  
-do. Promete referir a todos  
sus aventuras a su vuelta,  
vuelve a rogar ~~entonces~~ el  
más absoluto silencio... y  
se encamina en toda desi-  
-sión hacia Santi Ponce....

¡Ya está Tesnor (Fidelis)  
delante de la cárcel de este  
pueblo, sobre cuya puerta hay  
un letrero: PRISON! Fide-  
lis entra, y se ofrece al Sr  
Rogue, el carcelero, como  
ayudante. "El, - le dice, - no  
quiere sueldo; el quiere sólo  
una casa honrada donde  
poder dormir y comer..." El  
Sr Rogue ríe; clamar a una  
cárcel "una casa honrada"

48) le parece una epagoga -  
-ción. Pero como el remedio -  
-cho le resulta simpático y  
puede serle útil, acepta sus  
servicios. "Siempre, - piensa, -  
será menos holgazán que el  
simple de Joaquín el portero  
que, por no trabajar, es  
capaz de quedarse un día  
sin comer.

En el patio de la prisión  
la joven marcelina, hija del  
tío Roque, está planchando  
y Joaquín, su novio, - el por-  
tero, - le dice piropos que la  
hacen reír. Llegan el tío  
Roque y Fidelis. "Este me-  
zaltate, - dice el carcelero, -  
será desde hoy nuestro apr-  
dante!" - "¡Qué bien!" - exclama  
Joaquín. - Desde maña-  
na, ya sé quien hará todos  
los encargos a Sevilla: Mar-  
celina, cuando ve a Fide-  
lis, no puede disimular  
- su agrado: le ha queda-

49) de el ranchales, a quien  
hace algunas preguntas; pero  
Fidelis (Kessner) contesta siem-  
pre muy discretamente pro-  
curando ganarse la confian-  
za de todos.

Como olían al pato va-  
-rias de las cajas de las  
celdas de los presos, Fide-  
lis, instintivamente, inten-  
ta mirar hacia el inie-  
-ctor, pero el tío Rogue le  
advirtió que éso era pu-  
-tíbido, pues los pres-  
-os no podían tener comuni-  
-cación alguna en el so-  
-tenido. El es el inicio que  
les entró la comida. Pre-  
-cisamente ahora - de hora  
del mediodía, - a el mo-  
-mento del rancho. Y el tío  
Rogue, a quien Marcelina  
trae las ollas y calderos  
-fuera, va entrando en  
-cada celda al plato corra-

50) pondiente en su ración  
de pan y su vaso de agua.  
Fidelis, en todo disimulo, pe-  
-ro en una gran angustia,  
procura mirar, por detrás  
del carcelero, a cada paso,  
no hallando en sus caras,  
(de todo orden y condición),  
ninguna que le recuerde la  
de su amado abogado...

Venir ahora solo al tú  
Roque, Fidelis. Por la con-  
versación se advierte que  
el muchacho lleva allí  
cerca de un mes de leales  
servicios y que el carcelero  
está encantado con él. Es  
una hermosa mañana. Fide-  
lis, lleno de encargo se deci-  
-de a partir para Sevilla....  
de donde ~~vuelve~~ vuelve al  
mediodía con las alforjas  
bien cargadas y con una  
gran calma, cuyo espíritu  
llega hasta tierra y, al

51) arrastrar, va marcando  
en el polvo del camino  
una honda raya ondulan-  
te.

En el patio de la prisión  
se reproduce en parte una  
escena conocida: Foagim  
requisita a la joven Marce-  
lina, que está flaqueando.  
Pero ésta ya no tie como  
antes, cuando él la cantaba  
coplas: está inquieta y  
preocupada porque Fide-  
lis tarda. Cuando éste lle-  
ga, no puede ella ocultar  
su furo. Pronto se ve que  
Fidelis le cantaba a todos  
en su simpatía y en su tra-  
bajo. El muchacho compren-  
de que ha despertado en Mar-  
celina un verdadero amor,  
y se aprovecha de esta can-  
ción para pedirle la mano.  
Una cosa que ella, a su vez,  
pide a su padre. Por ejem-  
plo: que, así como ya permite  
el Sr. Roque a Fidelis que

52) entre con él en las cel-  
das que dan al patio, le  
autorice también para  
acompañarle en su visita a  
un calabozo secreto. Al  
fin, en este día, al hacerse  
el ruego una vez más, una  
celina, el tío Roque acce-  
de a que Fidelio vaya en  
el a' este calabozo.

Fidelio (tesoro) no  
puede reprimir la emoción  
que en ese momento se apo-  
dora de su pecho. Le ac-  
useta, de pronto, una intensa  
alegría. Abreza al tío Roque,  
abreza a Fozjim, abreza, tam-  
bien a Marcelina -- que se  
son roja al sentir el abrazo de  
... tesoro.

Escena del viejo carcere-  
ro y su joven ayudante lle-  
vando la comida a la pri-  
sioneros que ocupan un ca-  
labozo secreto. Hay un  
encarcelado

58) por ladrón. Hay un un.  
chacho, cañ un bebe, que  
cometió un crimen.... Pero  
Floración no aparece. Cuan-  
do la visita termina, Fi-  
delis, jugando a la púbi-  
lidad de levantar sospe-  
chas, pregunta al tío Rogue  
si no hay más penas en la  
cárcel. Marcelina, que ha  
acudido al término de la  
visita, le hace señas, por  
detrás de su padre, de  
que hay, en efecto, un  
colabijo más ocupado. El  
tío Rogue se ha quedado  
parado; se rase la cabeza  
y termina por explicar que  
hay una celda en la que ja-  
más Fidelis, ni otra cualquiera  
persona, podrá entrar. Es la  
celda de un prisionero que  
trajeron hace "tanto tiempo".  
Fidelis, dubitante, pregunta al

54) delito de que se acusa a  
esta preso.... "No sé, - con-  
tenta el carcelero. - Yo no sé,  
en realidad quien es, ni de  
donde vino. Pero tiene esas  
miradas furibundas. Me han  
ordenado que <sup>34</sup>le dé la ración sea ca-  
da vez más reducida; que  
llegue hasta un pedacito de  
pan seco y medio litro de  
agua al día... No vivirá  
mucho tiempo."

Lesmor (Fidelio) se des-  
maya; pero las convicias de  
Fidelio Marcelina le vuel-  
ven a la realidad. El tío  
Roque, pesados con lo que  
cuenta, no ha advertido el  
desmayo de la <sup>4</sup>joven. Es  
más; le dice: - "Tú mismo,  
no tendrías valor para verte."  
Lesmor reacciona entonces va-  
lientemente y exclama: - "Yo  
tendría valor y lo ~~te~~ adorra-  
ría si usted el dolor de ha-  
cerme sufrir todos los días!"



55) Vuelve á recarse la cabeza al carcelero, y dice: - "No sé, no sé... Ahora llevaré las cartas al jefe y le pediré permiso para que me acompañen. Al fin, y al cabo soy viejo, y alguien tendrá que sustituirme."

Otra vez el patio de la prisión. Se abre la gran portada del fondo y entran oficiales y guardias armados, que están relevando a los centinelas. En ellos llega el gobernador de la Prisión don Luis Pizarro, que, después de dar órdenes a sus oficiales, se dirige, por una escalera a su despacho, situado del lado izquierdo. Ya en el despacho, Pizarro, sentado ante su mesa, pregunta: "¿Le ocurrido algo?" Roque mueve la cabeza negativamente y le entrega el correo. Pizarro va abriendo y leyendo las cartas. Ante una de ellas, su gesto se hace duro. Levanta la

56) visita y ordena al tío Roque:  
- "Retírate". El carcelero cum-  
ple la orden, y Pizarro vuelve  
a leer la carta.

Primer plano de la carta,  
escrita por las manos de  
Pizarro. Dice así:

"Excmo. h. gobernador de la  
Prisión de Santi Ponce.

Trigo a conocimiento de  
V. E. que los prisioneros del Estado  
serán en breve sometidos a una  
rigurosa inspección. Esta visi-  
ta no será, pues, una sorpresa  
permanente. Con todo respeto  
se le advierte un buen am-  
go. Luis Ponce"

Cara de preocupación de  
Pizarro. Había sólo: "Ponce  
es de fiar. Pero ~~no tiene al~~  
~~Ministro nuevo~~" "No tiene a la  
Inspección: cuando venga se  
encontrará ante lo irremedia-  
ble!" Pizarro se parece nervio-  
so por la habilitación. Le punto,  
se detiene a murmurar: - "Debo

57 / a presurarme! Cuanto antes!

Alas de la patria y de ordenes a un oficial: Mande un coruete a la tierra. Cuando sea por la carretera de Sevilla un coche escoltado por varios jinetes, ¡que dé <sup>el</sup> toque de atención! Espero la mayor exactitud. Su cabeza me responderá de ello.

Se ve al oficial irse viendo los ordenes recibidos. El tío Roque ha vuelto al despacho de Pizarro. Éste le recibe entregándole un bolso en un momento, que es trae de un cajón. El carcelero no oculta su asombro: - "¡Excelencia! ¿qué noticia de mí?" - "¡Que noticias al hombre del calabozo! ¡He preso que está comprometido a exterminar!" El tío Roque se niega a obedecer: no es ese su deber de carcelero. Pizarro lanza sobre él una mirada de fulminante; saca de su mesa un puñal y parece que

58) que va a agradecer al vie-  
-jo. Pero se contiene, enwai-  
na al puñal y dice: - ¡Está  
bien! Base yo quien te ma-  
te. Bajará desbragado al  
calabozo y, de un golpe, ter-  
minaré con él para siempre.  
Tú, mientras tanto, cavarás  
la fosa...!

El tío Roque baja mes-  
-cupadísimo al patio. Fide-  
lio, que le espera antelante,  
adivina que algo grave se  
cierne sobre el preso del  
calabozo oculto: Hay una exce-  
nente criada a cargo de Mar-  
celina; interesada por la  
presunción de Fidelio, - y de  
Joaquín, ausente de todo, y sólo  
pendiente de que el tío Ro-  
que autorice sus relaciones  
con la muchacha.

Pero Fidelio, - cada vez  
más inquieto por la suerte

59) de la encarcelador - so-  
licità ahora del tío Roque  
que deje pasar un poco a los  
puesos por el jardín. El carce-  
lero se resiste, por miedo a  
Figarro; pero su hija Marce-  
lina le <sup>insinúa</sup> pregunta que, si Fi-  
garro le ha pedido algún  
favor, bien puede otorgarle  
alguna compensación. El  
tío Roque consiente al fin  
y se marcha al jardín.

Entonces Fidelis, Pa-  
guin abren las puertas de to-  
das las celdas. Van salien-  
do los presos; están contentos,  
agradecidos. Poco a poco  
van en su fantaría, se consi-  
deran libres. Y, poco a po-  
co, van marchando, como  
en sueños, hacia el jardín,  
seguidos por Marcelina y  
Joayquín. Fidelis va a co-  
-guirles; pero el tío Roque,  
que ha vuelto al patio,

60) le detiene, diciéndole:

"Hablé con el jefe, y me autorizó para que me acompañaras al calabozo." FIDELIO (temor) por poco se desmaya de la impresión. — "¡Vamus!"

Los dos se ponen en marcha hacia los subterráneos de la prisión. Por el camino, hablan:

ROQUE: Es preciso librar a este hombre.

FIDELIO: ¿Qué dice el señor Pizarro?

ROQUE: Que cavemos la fosa para enterrarle.

FIDELIO: (Pa'lidos) ¿Es que lo sujeción?

ROQUE: No. No ha sujeción todavía, hijo mío. El se encargará de sujeción; y me ordena que preparemos la fosa.

FIDELIO: (Desfalleciendo de  
muerte) ¡Oh!...

61) ROQUE: Si no tienes va-  
-lor, yo iré solo

FIDELIC: ¡No! Yo quiero ir  
a ese hombre...; aunque  
muera con él!

El tío Roque mira con  
pavor a Fidelic (Teodoro)  
y le sostiene por un brazo. En  
este momento llega Marceli-  
na a donde ambos se encuan-  
tran, y dice muy asom-  
brada a su padre que Pizarro  
ha visto a los peones paseando  
por el jardín, que ha bajado  
indignado y que pregunta por  
él. El tío Roque, muy asom-  
-brado, corre hacia el jardín,  
seguido por Marcelina y Fi-  
delic. Pizarro recibe al car-  
celero, ciego de ira:

PIZARRO: ¿Será cuando un  
miserable criado se permite  
mandar en esta ~~carcel~~  
carcel?

ROQUE: (Que se ha representado) Yo

62 / no mandos, señor. Es el  
santo de Nuevos Señores y  
Rey, y siempre se celebra  
con dejándole gozar un poco  
a sus desgraciados.

PIZARRO: ¡pero aquí no manda  
nadie más que yo!

ROQUE: (bicentenario, al lado  
de Pizarro) guardad vues-  
tra ira para el pobre que  
está agonizando en sus  
manos.

PIZARRO: (Reacciona) Vete  
a tu cuarto y encierra a  
tu perro.....

Roy cambio de escena.  
Venus a Florencia, el pobre  
prisionero, reentado como  
se le vio antes, demacrado  
y débil, en su misero cal-  
bazo. En las palabras que, a  
solas, pronuncia Florencia, se  
refleja la angustia de su  
corazón. "me han dado a ver  
ver, -dice, - el colij de la anar-  
-gura, y aún espero mayor,  
-tremenda" He sido Florencia



63) La víctima de venganzas políticas; le persigue la crueldad de un gobernador de Prisión, criminal & servidor de un gobierno apañado. Florcián delira. En su delirio ve a su esposa, hermosa, transformada en un ángel. La mira con dulzura, le estrecha las manos y exclama: "¿Serás tú quien me lleve a la libertad en el reino de los Cielos?" So la presió de pie trabajosamente; y, al terminar su invocación, cae al suelo, presa de emoción.

Por las escaleras que conducen al calabozo de Florcián bajan Fidelis y el Sr. Roque; éste, con una jarra en la mano. Fidelis siente frío... Llegan al calabozo más hondo del subterráneo. El Sr. Roque abre y encuentra a Florcián caído boca abajo. Fi-

64) delirio se acerca Ternan-  
samente: "¡Será él!" El  
tio Roque intenta desfogar  
al preso, pero Florentín no se  
mueve; y entonces el carce-  
tero obliga a Fidilio a que  
le ayude, a lugar muy  
proximo, a cavar, entre  
las rocas, el enterramiento  
de del preso.

Se suceden rápidas  
escenas de emoción de  
los dos cavando ~~de~~ la fu-  
-sa y pendientes de Flo-  
rentín. Este, al fin, va  
recobrando el consci-  
miento; en voz débil,  
exclama: "¡Tengo sed!"  
Cuando Ternan acude  
a dar de beber a Flo-  
rentín, ambos beverun-  
-cen y ella cae de unaja-  
da en sus brazos. Pero Flo-  
rentín no se ha dado cuen-  
-ta de que aquel muchacho

65] es su propia esposa. Sin embargo la que mira fija-mente y pregunta al tío lo que: "¿Quién es este muchacho?" El carcelero contesta con naturalidad: "Mi ayudante, y dentro de pocos días, mi yerno." Levantóse de comer a Flaviano del pan que traía. Le puso atención sus manos; y ella, que está varias veces a punto de descubrirle quién es, se contiene para no aumentar la angustia del preso, próximo ya a una muerte inexorable.

Pero el deber es el deber; y el tío Roque sale del calabozo para anunciar a Pizarro, con un agudo silbido, que ya está todo dispuesto para que él consuma el asesinato: Flaviano, que devoraba el pan, pregunta a Fidelis al oír el silbido: "¿Es el mensaje de mi

66) muerte?" Aparece a el  
calabayo Pizarro, torpemen-  
te disfrazado, dispuesto a  
consumar su asesinato.  
Es una escena de una vio-  
lencia extraordinaria. Por  
dos veces, intenta Pizarro  
atacar con su puñal al  
debil cuerpo de Flo-  
rentin; y por dos veces se  
enfrenta con <sup>la</sup> heroica  
arrogancia de Fidelis, que  
se interpone y obra a  
favor de la muerte.  
Cuando Pizarro se acom-  
tra de este herois mo,  
ella exclama: "Para mu-  
rta a' el, p' unos hor de  
muerta a su ~~espera~~ <sup>espera</sup>. Su  
espera en la vida y en la  
muerte!" Entonces Florentin  
se dá cuenta de que tiene  
a su lado a Ferruz. Los  
dos se abrazan en brava-  
si. Pero Pizarro se obli-  
ne: "¡Saré muerta a el  
y cuando va a in-

67) Las oño aiaque, y Teaur,  
para de fundarse, saca una  
pistola con la que apunta  
a Pizarro, suena en lo  
alto del patio de la Torre  
la tiniebla que anuncia la  
llegada del quinientos del  
Rey con su comitiva.

Pizarro queda confuso.  
No sabe qué hacer. Pero por  
las escaleras llegan en  
amuchas, guiacos por  
Joquin, soldados y ofi-  
ciales que le ordenan su-  
bir al patio. Sin disimular  
su ira cuando, ha de  
obedecer, y se va entre los  
soldados escaleras arriba,  
seguido del ins Rogue,  
que en cabe en sí de  
gozo.

Fluruián y Teaur que-  
dan sentados sobre una  
piedra del alabozo, en  
unagedas de felicidad  
Ella explica en breví-

68) Sin mas palabras, todos  
lo que he hecho hasta  
ahora con su paradero. El la  
abraza; ella le cierra y  
bese.... El tío Roque  
vuelve, como loco, a de-  
cir a Florentín que está  
en libertad y que el mi-  
nistro quiere salvarlos.  
Se van abriendo las  
puertas de todas las celi-  
das, y van apareciendo,  
encadenados, todos los  
presioneros.

En la playa de la  
presini, - antiguo castillo -  
en la estatua del Rey Carlos IV  
en el centro, - aparecen el  
Ministro de Fernando - - -  
el gobernador Pizarro, guar-  
dias y soldados formados,  
marcesina y Isapiu, y los  
presioneros que, según van  
llegando se arrodillan  
ante el ministro en señal  
de gratitud.

Regresa el tío Roque, tras

69) del cual van Florentín  
y Tesoro. Al venir, Pi-za-  
-rra tenía en los ojos el  
paso, pero el ministro, - que  
se da cuenta - avanza y  
dice: - "¡Hablad!" - El tío  
Roque entonces empieza su  
vernaría a Florentín. El  
ministro mira a ésta con  
sorpresa. - "¿Por?; mi queri-  
do amigo! ¿en cada una y  
páido con la nueva?  
No se sabía de vos... ¿de-  
scurta de?" - El tío Roque  
presumía a Tesoro al mi-  
nistro: "La maquesa del  
fra de alquino." - El ministro,  
perplejo, insiste en su  
pregunta: "Pero, ¿que ha  
ocurrido aquí?" Tesoro en-  
tonces, con toda dignidad,  
declara: "mi marido fue  
perseguido por su amistad  
con Inesada. Si no hu-  
biera sido por vuestra de-  
fensa, este tirano de Pi-  
zarras hubiera conseguido su  
sinistero propósito de una  
- borle."

Un "Mara Pizarro,"  
 unánime, a veje estas pa-  
 labras. Esta intención ha-  
 bla, por el Ministro <sup>orden-</sup>  
 da que le quiten el puñal  
 y la espada y ordena a  
 sus soldados: "Llevalle de  
 un no calabayo donde su-  
 fia esta cobardía".

Y, volviéndose al tío  
 Roque le dice: "Obrá, qui-  
 tadá a mi amigo las ca-  
 denas." El tío Roque va a  
 hacerlo. Pero el Ministro  
 agrega: - "Será mejor que  
 sea esta noble señora  
 quien liberte al esposo  
 amado." El carcelero en-  
 trega las llaves de las  
 cadenas a la señora, y  
 esta liberta los pies  
 de Florentín. El pueblo  
 fué de alegría. Florentín  
 agradece a todos su júbilo  
 y ruega, en un gesto, que le  
 escuchan.



71) - "fluir, - dice, - al ejemplo  
de esta excepcional esposa,  
que quiso dar me el cielo. <sup>100</sup>  
Así la vida humana se des-  
liza entre ~~pa~~ penas y ale-  
-grías. Ya ~~se~~ veis: ahora,  
en el firmamento, hasta  
los astros deben de envidiar-  
me, porque para mí han  
vuelto, después de i antes  
angustias, los tiempos de  
aureos y risas, flores y  
besos." Fluirán con es-  
tusiasmo, abraza a Lennox,  
mientras pretos de los  
presentes los vitorean.

Semanas después se ce-  
lebra, en toda pompa, la  
entrada de don Fluirán  
monifuido, marqués del  
fuso del quino, en Sevilla. Se  
ve, en la Casa Comunal,  
a las autoridades en el  
tribunio ... Al ~~parar ante~~  
llegar frente

72) Ayuntamiento el es-  
che en que van Fluctúan  
y Resmor, todo el mundo  
aflorando. El lacayo del  
coche es Zapillo, que  
en Sevilla se ha incor-  
porado a la casa de los  
marqueses.

~~En~~ El coche se de-  
tiene. Los marqueses  
entran en la sala con-  
sistorial, en cuyo fran-  
co medir los espera  
magnífico banquete;  
pero suenan los acordes  
de una música solemne.  
Es una procesión que pasa  
por la calle. Los balcon-  
es de la casa se  
abren: todos acuden  
al balcón central. Y  
allí Resmor y Fluctúan,  
en el ministro y los

73) anterior a la cual se presen-  
taron ante la Virgen  
que para, en acción de  
gracias por la salvación  
de Florencia.

Vitros, furos, pa-  
lomas. "Frapillo", solo  
delante de la mesa  
- donde hay colocado va-  
- rios platos de dulce, - con  
- me golosamente algu-  
- nas piezas... y se guar-  
- da algunas en el bolsi-  
- llo.

La alegría es general.

FIN DEL GUION DE

FIDELIO

